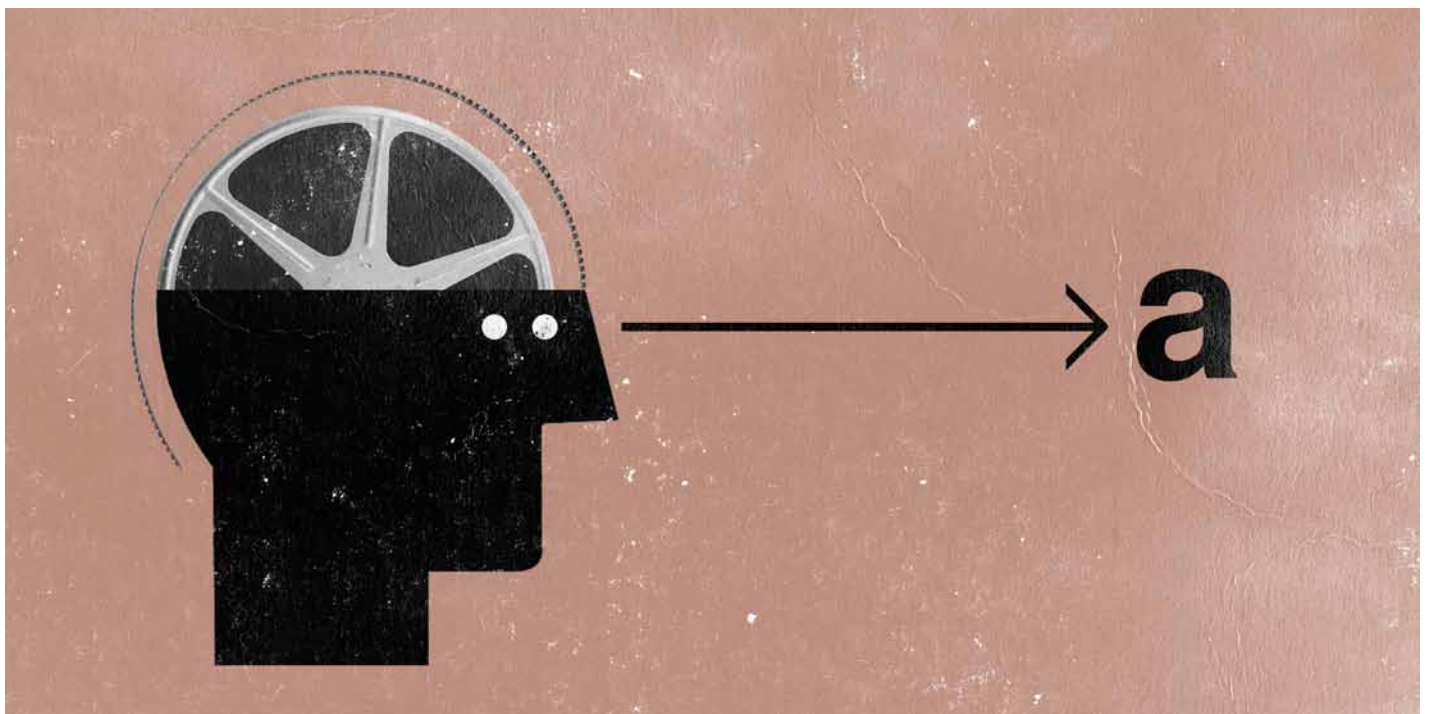


¿Para qué sirve el cine?

Fernando Gracia

El cine comenzó como una atracción de feria, sin embargo, pronto se utilizó para contar historias y donde los espectadores, además de entretenerse, aprendían cosas. Las televisiones utilizaron el cine para mejorar sus audiencias, lo que provocó un descenso en taquilla y una ayuda cada vez más necesaria por medio de subvenciones.



En tiempos convulsos como el que nos toca vivir, aunque cuáles no lo fueron, inmersos en una crisis –vaya, no hemos empezado y ya ha aparecido la palabreja– que no solo está siendo económica sino de órdenes de mayor profundidad, no ha faltado quien se ha hecho la pregunta que encabeza estas líneas.

Soy de los que piensan que el cine es una industria, un negocio, un entretenimiento que a veces es también arte. O sea, poco más o menos como las otras artes conocidas, donde no todo es realmente arte.

Aquí cabría elucubrar en qué porcentaje sobre la producción se puede decir que aquello que se nos ofrece para consumir es arte, siendo como es éste un concepto hartamente difuso y siempre muy subjetivo.

Pero nuestra civilización ha acuñado desde hace décadas la expresión de “séptimo arte” para referirse a aquel invento de barraca de feria que a los pocos años devino en otra cosa. Y quien más quien menos hemos utilizado esas dos palabras en algún momento de nuestra vida para referirnos al cinematógrafo, sin problemas de entendimiento con nuestros interlocutores.

“ Los avances tecnológicos permitieron en pocos años el acceso a las películas sin tener que pasarse forzosamente por las salas cinematográficas, y las recaudaciones por ese concepto bajaron de forma ostensible. ”

Así pues, el viejo invento de las veinticuatro imágenes por segundo puede considerarse un bien cultural, entendiendo lo de cultura en un espectro lo suficientemente amplio. Y esto nos lleva al planteamiento general de la necesidad o no de acceder a la cultura, entendiendo que en este vocablo caben muchas manifestaciones del saber y el hacer humano.

Desde que se tiene noticia el ser humano ha intentado que la vida sea algo más que trabajar, comer, beber y hacer sus necesidades fisiológicas. De ahí su propensión a solazarse con la contemplación de la belleza a través de varias manifestaciones, como desde tiempo inmemorial fueron la pintura, la escultura, la poesía o el teatro, por citar algunas de ellas.

Tras los primeros escauceos, cuando alguien advirtió que con ese

invento se podían contar historias, expresarse, comunicar algo, el cine pasó a ser otro de los instrumentos a través del cual el receptor podía aumentar su bagaje cultural. No solamente el espectador se podía entretener, asunto en absoluto baladí, sino que de forma más sutil, más subliminal, podía experimentar ese placer que se siente ante la contemplación del arte.

Y la gente se acostumbró a ir al cine y muchos abrieron sus mentes y conocieron otros mundos, otras costumbres, otras vidas, a través de las historias que le mostraban las pantallas. Como en toda obra humana, unas películas eran buenas, otras no tanto, algunas eran realmente malas, muchas explotaban los más bajos instintos y algunas pocas eran realmente brillantes. Pero con las unas y las otras el cine como industria/negocio/arte se instaló entre nosotros y pasó a formar parte de nuestras vidas, de nuestro proceso de educación.

Y llegó un momento en que todas las generaciones que coincidían en la faz de la tierra habían nacido cuando el cine ya existía, por lo que pasó a considerarse algo consuetudinario, algo tenido como natural en nuestras vidas, como lo es para las últimas generaciones todos los artilugios digitales que nos rodean, sin los cuales muchos ya no sabrían vivir.

Los avances tecnológicos permitieron en pocos años el acceso a las películas sin tener que pasarse forzosamente por las salas cinematográficas, y las recaudaciones por ese concepto bajaron de forma ostensible. No significaba esto que la gente no viera filmes, sino que su forma de consumirlos estaba variando. El cine seguía siendo importante en su panorama de consumidor de espectáculo/cultura, y ponga aquí cada uno el porcentaje de cada concepto que se aplique.

En una palabra, el cine seguía

sirviendo para algo. La proliferación de cadenas televisivas que finalmente se habían dado cuenta que sus índices de audiencia siempre eran buenos cuando proyectaban películas que pudieran tener interés para un buen número de espectadores, permitió a los espectadores elegir entre una abundante oferta, que igual atendía a novedades cada vez mayores que a clásicos.

“Vamos quedando pocos que buscamos algo más que un simple entretenimiento y que en mayor o menor medida estudiamos y seguimos la evolución de ese invento que llenó todo un siglo.”

Pero el cine cada vez era más y más caro y la gente cada vez pasaba menos por taquilla, en buena parte porque se estaban acostumbrando a no pagar o a pagar mucho menos de lo que cobran por una entrada. Y el cine tuvo que depender cada vez más de las subvenciones, porque con mayor o menor anuencia se seguía considerando un bien cultural y nuestro Estado de Bienestar consideraba que como tal debía recibir fondos.

Pero hete aquí que esos fondos empezaron a escasear. Una tremenda crisis se abatió sobre la sociedad y de pronto los que pensábamos que éramos más ricos que pobres empezamos a darnos cuenta que el tinglado tenía los pies de barro. Que buena parte de la supuesta riqueza provenía más de la especulación que de la auténtica creación de riqueza, que la doctrina del endeudamiento cada vez mayor y la idea de “alguno pagará” comenzaban a no funcionar, y la palabra recorte acampó entre nosotros.

Y a la hora de recortar, ese cajón de sastre que conocemos como cultura fue de los primeros

en quedar afectado. Y esgrimiendo razones que a primera vista bien parecen lógicas, porque si hay que elegir entre lo social y lo cultural...

Y el cine, en boca de algunos de los que reparten el pastel, pasó a ser solo un simple divertimento, no distinguiendo entre unas y otras películas. Enseguida se vio que a los que se le llenaba la boca hablando de cultura, en el fondo ésta le importaba un bledo. Todo se había reducido a números y nada más que números.

Y en esas estamos. Todo el mundo sigue admitiendo al cine como séptimo arte, pero el porcentaje de personas que está al tanto de las auténticas novedades y que todavía cree en ese medio de expresión como susceptible de aportar cultura al espectador, cada vez es menor. No le favorece precisamente la dictadura cada vez mayor de las multinacionales de producción-distribución-exhibición que han copado el mercado y que suministran productos para consumir pero que en absoluto están preocupados por su posible desarrollo.

Me da en la nariz que ya vamos quedando pocos que buscamos algo más que un simple entretenimiento y que en mayor o menor medida estudiamos y seguimos la evolución de ese invento que llenó todo un siglo y que nadie sabe cómo se las arreglará en el que ahora estamos. A ese grupo de personas, no muy grande a mi entender, les sigue sirviendo el cine. Les sirve como alimento espiritual, no único y exclusivo, pero sí importante, y desde luego perfectamente compatible con otros medios a los que gentes de pocas luces o escaso alcance quisieron enfrentar.

Se acaban las líneas y me temo que no he contestado a la pregunta que como reto me lanza la revista. ¿O sí? Espero haya quedado claro que a mí sí que me sirve y a algunos de mis amigos también. Y a unos cuantos de mis comprensivos lectores, espero que no se les quiten las ganas al menos.